
Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista¹ ANDRE GUNDER FRANK

Este ensayo se sustenta en las siguientes tesis:

1. El **enemigo inmediato** de la liberación nacional en Latinoamérica es, tácticamente, la burguesía propia en Brasil, Bolivia, México, etc. y la burguesía local en las zonas rurales. Así es —incluso en Asia y Africa— no obstante que estratégicamente el **enemigo principal** es, innegablemente, el imperialismo.
2. La estructura de clases latinoamericana fue formada y transformada por el desarrollo de la estructura colonial del capitalismo, desde el mercantilismo hasta el imperialismo. A través de esta estructura colonial las sucesivas metrópolis ibérica, británica y norteamericana han sometido a Latinoamérica a una explotación económica y dominación política que determinaron su actual estructura clasista y sociocultural. La misma estructura colonial se extiende dentro de Latinoamérica, donde las metrópolis nacionales someten a sus centros provinciales, y éstos a los locales, a un semejante colonialismo interno. Puesto que las estructuras se interpenetran totalmente, la determinación de la estructura de clases latinoamericana por la estructura colonial no quita que las contradicciones fundamentales en Latinoamérica sean «internas». Lo mismo vale para Asia y Africa.
3. Hoy, la lucha antimperialista en América Latina tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo

¹ El trabajo que a continuación presentamos es la versión ampliada de nuestra ponencia presentada al Congreso Cultural de la Habana en enero 1968.

inmediato de clase a nivel local y nacional genera una confrontación con el enemigo principal imperialista, más fuerte que la movilización antimperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las «más amplias fuerzas antimperialistas» no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista, y en general todavía ni siquiera resulta en la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista. Esto vale también para los países neocoloniales de Asia y Africa y quizás para algunos países coloniales a menos que sean ya militarmente ocupados por el imperialismo.

4. La coincidencia estratégica de la lucha de clases y la lucha antimperialista y la precedencia táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha antimperialista contra la burguesía metropolitana vale evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país; y vale también para la lucha política e ideológica que hay que dirigir, no solamente contra el enemigo colonialista e imperialista, sino contra el enemigo de clase criollo.

Problemática Política.

¿Quién debe hacer en América Latina la Revolución, y contra quién? Dando la respuesta, Che y su ejemplo nos guían en la lucha revolucionaria contra todos los obstáculos, cualesquiera que sean y dondequiera que estén: en el imperialismo, en la sociedad latinoamericana misma, hasta en la ideología y la práctica contrarrevolucionarias incluso de alguna gente en países socialistas o partidos marxistas. El mensaje permanente de Che es comenzar ahora mismo a combatir al enemigo en el campo de batalla inmediato del país propio y desde ahí extender la revolución a todo el mundo. Desde ese campo de batalla llegó su mensaje a la Tricontinental: «En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, llegue hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar el fusil...» El arma de Che es su ejemplo, el de un revolucionario que es también un intelectual, y no un intelectual que aspira a ser revolucionario. En respuesta a alguien que una vez le preguntó qué podía él, como escritor, hacer por la revolución, Che dijo: «Yo era médico».

Fidel dedicó su discurso ante la OLAS a esta cuestión y dijo en parte: «Cuánta palabrería vana se ha malgastado en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista. Y podemos preguntarnos si alguien,

en este momento, cree que alguna burguesía de este continente está haciendo un papel revolucionario». Fidel continuó: «El mundo, sobre todo nuestro mundo latinoamericano, necesita ideas guías... ¡Son ideas guías las que se necesitan! ¡Y las ideas revolucionarias serán las únicas y verdaderas guías de nuestros pueblos». No obstante, «esto no quiere decir que la acción debe aguardar por el triunfo de las ideas, y este es uno de los puntos esenciales de la cuestión... La acción es uno de los instrumentos más eficaces para hacer que las ideas triunfen entre las masas. Quien aguarde por el triunfo de las ideas entre las masas para iniciar la acción revolucionaria, no será jamás revolucionario... Y lo que distingue al verdadero revolucionario del seudo-revolucionario es precisamente esto: uno actúa para mover a las masas y el otro espera que la conciencia se desarrolle en las masas para empezar a actuar».

La OLAS reflejó una lucha ideológica latente y fue un triunfo de las ideas revolucionarias. Estas ideas más importantes, simbolizadas por las efigies de Simón Bolívar y Che Guevara que dominaban las sesiones plenarias y la de clausura, son, «Para nosotros la patria es América» y «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución», confiando fundamentalmente en la lucha armada en el campo, en el que un foco guerrillero puede ser la semilla y el núcleo de un ejército de liberación masivo que tome el poder político y establezca el socialismo. La OLAS convino en que todas las formas de lucha, tanto las políticas como las ideológicas, deberían servir para promover y no para inhibir la fundamental: la lucha armada, y que, como sugiere Fidel, este movimiento popular es, en América Latina, mucho más amplio que el que sólo se compone de partidos comunistas.

Regis Debray adopta posiciones políticas adicionales, las cuales son que en las circunstancias contemporáneas de América Latina, un foco guerrillero que una y simultáneamente ejerza la dirigencia política y militar en un escenario rural, debe preceder a la formación de una vanguardia o partido de masas en un ambiente urbano.

Estas ideas revolucionarias deben ser reafirmadas hoy y la lucha revolucionaria extendida, porque no sólo el imperialismo tratará de explotar su asesinato de Che, sino que también, en la incesante lucha ideológica a la que Fidel se refiere, algunos, inevitablemente, sugerirán que estas ideas revolucionarias carecen de realismo. Mas no sólo el compromiso revolucionario, sino también la experiencia política y el estudio científico de la historia y la realidad de América Latina sustentan el realismo y la vida

de estas ideas revolucionarias. Ideas que, al mismo tiempo, deben ser extendidas y ampliadas con nuevas actividades revolucionarias, tanto a través de la práctica políticomilitar como de la investigación científica y del desarrollo de teoría e ideología revolucionarias. He ahí, pues, lo que reta al revolucionario, al revolucionario intelectual, y hasta al intelectual aún no revolucionario de América Latina, especialmente el consagrado a las ciencias sociales, porque si él ha de ser responsable, esto es, si ha de ser un verdadero intelectual, debe decidirse a tomar posición —no importa cuál sea ésta— ante los fundamentales problemas políticos de su sociedad. La cuestión política fundamental de quién debe hacer la revolución y contra quien, puede ser reformulada así: ¿Quién es el enemigo principal y quién es el enemigo inmediato? Todos los revolucionarios concuerdan y muchos reformistas también, en que estratégicamente el enemigo principal es el imperialismo. ¿Pero quién es tácticamente el enemigo inmediato, el primer enemigo al que se ha de enfrentar en la lucha revolucionaria? ¿Es el enemigo inmediato el imperialismo y la burguesía metropolitana? ¿O es tácticamente la burguesía latinoamericana (brasileña, peruana, guatemalteca, mexicana), y también la burguesía local en los distritos rurales latinoamericanos, el enemigo inmediato? ¿Puede ser movilizada la fuerza popular contra los puntos más débiles del sistema capitalista imperialista, como enemigo principal, por una coalición política lo más amplia posible, o en cambio, debe ser movilizado el pueblo contra la burguesía latinoamericana, como enemigo inmediato?

Para responder, vale hacer una distinción entre la estructura colonial (o neocolonial) y la estructura de clases en América Latina. La estructura de clases puede identificarse mediante la relación del pueblo con los medios de producción y su participación en el proceso productivo en este o aquel lugar. La estructura colonial relaciona entre sí los lugares, sectores, grupos raciales o étnicos identificables. El sistema capitalista posee una estructura colonial que sirve a la metrópoli imperialista para explotar a sus colonias latinoamericanas, a otras (y a sus colonias afroamericanas internas en el ámbito nacional), y sirve a las metrópolis nacionales de América Latina para explotar, por la vía del «colonialismo interior», a sus centros provinciales, los que a su vez explotan a sus respectivos *hinterlands* locales, formándose así una cadena expoliadora que se extiende ininterrumpidamente desde el centro imperialista hasta la más aislada región rural de los países subdesarrollados de América Latina y otros continentes.

No hacemos esta distinción para sugerir que la estructura colonial y la de clases están separadas, sino, al contrario, para inquirir cómo se determinan o relacionan mutuamente y averiguar dónde y cómo se puede combatir a las dos. La investigación históricosocial científica a lo largo de las líneas que más adelante se proponen, mostrará, probablemente, que en la historia de América Latina, las relaciones de producción y distribución coloniales y neocoloniales entre la metrópoli capitalista mercantil o imperialista y la América Latina —y también entre las metrópolis nacionales latinoamericanas y las colonias internas de sus respectivos *hinterlands*— han determinado la estructura de clases de América Latina en los niveles nacional y local, y no al revés. En consecuencia, sugerimos aquí, aunque puede parecer paradójico, que hoy la lucha antimperialista en Latinoamérica tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo inmediato de clase en los niveles local y nacional genera una confrontación con el enemigo principal imperialista, más fuerte que la movilización antimperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las «más amplias fuerzas antimperialistas» no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista, y en general todavía ni siquiera resulta en la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista.

La coincidencia estratégica de la lucha de clases y la lucha antimperialista y la precedencia táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha antimperialista contra la burguesía metropolitana vale evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país; y vale también para la lucha política e ideológica que hay que dirigir no solamente contra el enemigo colonialista e imperialista sino contra el enemigo de clase criollo.

Esta sugerencia, que parece contradecir los principios generalmente aceptados por la política revolucionaria en América Latina, no es en modo alguno, como alguien podría sugerir, una tentativa de desalentar o desviar la necesaria lucha antimperialista en América Latina. Por lo contrario, insistimos en esta lucha, pero buscamos la vía más adecuada, e invitamos a la investigación científica de las circunstancias latinoamericanas correspondientes. Además, la experiencia revolucionaria apoya esta sugerencia: la confrontación entre el pueblo de Cuba y el imperialismo fue el producto de la movilización popular contra el enemigo de clase cubano, tanto en la Sierra Maestra como en La Habana, y no a la inversa. La Revolución de Octubre, que produjo la contradicción y confrontación entre el socia-

lismo y el imperialismo, fue resultado de la lucha contra el enemigo de clase interno, con incluso la neutralización parcial del imperialismo después de Brest-Litovsk. Varios fracasos de la revolución socialista y antimperialista deben atribuirse al excesivo énfasis en un enemigo extranjero con exclusión del doméstico y local. Incluso la confrontación de las fuerzas constitucionalistas de Santo Domingo con el imperialismo no ocurrió hasta después de haber retado aquellas al enemigo de clase local. Pero a causa de la estructura colonial del sistema capitalista imperialista y nacional y gracias al mutuo refuerzo de las estructuras colonial y de clases, el derrocamiento popular de la clase burguesa y hasta el reto del pueblo a su hegemonía hace que las fuerzas imperialistas intervengan en la lucha. Pero a menos que éstas se encuentren ya en el país como fuerza militar de ocupación —tal y como estaban en China, Yugoslavia y Viet Nam, o como están en los países coloniales a diferencia de los neocoloniales— las fuerzas imperialistas parecen ser, en el caso de países interpenetrados con el imperialismo, más vigorosamente desafiados mediante la lucha contra el enemigo de clase inmediato que a través de los esfuerzos de una coalición de las clases nacionalistas por movilizar al pueblo contra un enemigo que a menudo es dicho extranjero, lo que hace parecer al imperialismo abstracto y no concreto. En las áreas rurales particularmente, el pueblo querrá luchar —y debería animársele a ello— contra el enemigo de clase inmediato que lo oprime allí, mejor que contra un enemigo extranjero al que no ve ni conoce. La estrategia de foco guerrillero debe dirigirse ciertamente —y debe movilizar al pueblo— contra el enemigo de clase inmediato, no sólo en la zona local de la guerrilla misma, sino en la capital de la nación. Ese producirá cuanto antes la verdadera confrontación con el imperialismo.

Examen Histórico

¿Cuál es, entonces, la estructura clasista y colonial de la América Latina; cuáles son sus características en diferentes partes del continente; cuál es su relación con el sistema imperialista en conjunto, y cómo puede o debe ser convertida en revolución la explotación clasista y colonial de la América Latina?

Latinoamérica y otras partes del mundo que se han subdesarrollado fueron incorporadas hace tiempo al expansivo sistema capitalista mundial, mercantil primero e imperialista después, como colonias políticas o eco-

nómicas, o ambas cosas. Toda comprensión adecuada de las características económicas, sociales, políticas y culturales de la América Latina y otras áreas subdesarrolladas, requiere, por tanto, un examen científico no sólo de las características mismas y de las sociedades en que se producen, sino también de la estructura colonial y de clases de este sistema capitalista mundial en su conjunto. Este estudio, en sus aspectos históricos y contemporáneos, debe ser emprendido, sobre todo por los historiadores, economistas y sociólogos de estos países subdesarrollados, si desean comprender a sus propias sociedades. Esto es tanto más necesario cuanto que el análisis de la capacidad productiva y las relaciones del capitalismo y el imperialismo, ha sido realizado hasta ahora, incluso por la mayoría de los marxistas, desde una perspectiva metropolitana que contempla a los países coloniales más como anexos complementarios que como partes integrantes de la estructura y desarrollo del sistema capitalista. La consiguiente distorsión de la imagen y el análisis del capitalismo debe ser corregida, especialmente por los sociólogos de la parte subdesarrollada del sistema capitalista, a través del examen científico desde una perspectiva mundial que corresponda a la realidad mundial del capitalismo.

La estructura de clases latinoamericana, a través del desarrollo del capitalismo mundial, ha sido básicamente el producto de la estructura colonial que la metrópoli ibérica, más tarde inglesa y norteamericana, impuso e inculcó a la América Latina durante su triunfante campaña por convertir al pueblo de ésta en productor y abastecedor de materia prima y capital para el proceso productivo mundial que condujo al desarrollo económico metropolitano. Por ende, y así es no sólo en el nivel nacional, sino también en el local, América Latina vino a tener, y todavía tiene, la estructura de clases de una economía exportadora colonial o neocolonial.

Como nota Ferrer: «La minería, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación de bosques (todas en función directa de la exportación) fueron las industrias que se desarrollaron en las economías coloniales y, por tanto, las que atrajeron los recursos financieros y laborales disponibles... Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingresos y altos funcionarios de la corona y de la iglesia. Estos sectores de población... constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de la acumulación de capital... En la medida en que la concentración de riquezas crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exte-

rior. De este modo, el sector de exportación, por su naturaleza misma, no permitiría la transformación del sistema como un todo siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción y, por consiguiente, para la consecuente elevación de los niveles técnicos y culturales de la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana». ² Del capital restante potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y empresas comerciales de exportación a la metrópoli, casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y sólo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno. Debido al comercio y al capital extranjeros, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comercial nunca estuvieron dirigidos al desarrollo económico interno. ³ Las relaciones de producción y la estructura clasista del latifundio, de la mina y sus *hinterlands* económicos y sociales se desarrollaron en respuesta a las expoliadoras necesidades coloniales de las metrópolis ultramarina y latinoamericana. No fueron, como con tanta frecuencia se pretende erróneamente, el resultado del traspaso en el siglo XVI de las instituciones feudales ibéricas. El desarrollo de esta estructura de clases y sus consecuencias económicas y políticas contemporáneas, requiere aún más investigación.

No obstante, incluso sobre la base de los hechos ya universalmente conocidos hoy, es posible afirmar con seguridad que la estructura de clases y las relaciones de producción que se vinculan al latifundio de los siglos XIX y XX en Cuba, Argentina, el litoral peruano, el Sao Paulo caficultor y el norte de México contemporáneo, posterior a la reforma agraria, no tienen absolutamente nada que ver con la supuesta importación de instituciones feudales de la península ibérica durante los tiempos coloniales (como tampoco, por supuesto, las muy similares instituciones de las Antillas británicas). Como he sostenido en **Pensamiento Crítico** No. 7, exactamente lo mismo resulta de la evidencia histórica de Chile en el siglo XVIII, de México en el XVII y otras regiones. En realidad, aunque esto

² Ferrer, Aldo. *La Economía Argentina*. México. Buenos Aires, 1963. F.C.E., páginas 31-32.

³ Para un análisis más detallado, véase Frank, André G. *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*, Instituto del Libro, 1968 (próximo a publicarse).

requiere más estudio, han sido las necesidades de producción y comercio del sistema colonial mercantil capitalista e imperialista las que han dado forma a la estructura esencialmente capitalista de las clases de las regiones de exportación agrícola y minera. Más adelante referiremos a las consecuencias de la introducción de la industria moderna en esta estructura colonial y de clases.

La sola excepción de este esquema había sido el debilitamiento de los lazos del comercio y el capital extranjeros durante las guerras o depresiones metropolitanas, como la del siglo diez y siete, y la inicial relativa falta de tales lazos entre la metrópoli y regiones aisladas de exportación no orientadas hacia ultramar, que permitió una temporal o incipiente acumulación autónoma de capital y el desarrollo industrial para el mercado interno, tales como los de Sao Paulo en el Brasil, Tucumán y otros en la Argentina, Asunción en el Paraguay, Querétaro y Puebla en México en el siglo diez y ocho, y otros.

En la era colonial del desarrollo capitalista, el capital extranjero, el pillaje de recursos, la explotación del trabajo y el comercio colonial, iniciaron el desarrollo de la metrópoli europea y simultáneamente el subdesarrollo latinoamericano.

Después de la independencia política de la América Latina la primacía económica y política de la Gran Bretaña dejaron a tres grandes grupos de intereses la decisión del futuro de Latinoamérica en su lucha tripartita: (1) Los intereses agrícolas, mineros y comerciales de Latinoamérica, que aspiraban a mantener el subdesarrollo conservando la vieja estructura de exportación —y sólo deseaban sustituir a sus rivales ibéricos en sus privilegiadas posiciones; (2) Los industriales y otros grupos de intereses de las regiones arriba mencionadas y otras del interior, que intentaban defender sus nacientes y aún débiles economías de desarrollo contra el comercio libre y el financiamiento externo, que amenazaban aniquilarlos; y (3) La victoriosa Inglaterra, en expansión industrial, cuyo primer ministro, Lord Canning, anunció en 1822: «Hispanoamérica es libre; y si no manejamos mal nuestros asuntos, ella es inglesa». Las líneas de batalla estaban tendidas, con la tradicional burguesía latinoamericana en natural alianza con la burguesía industrial mercantil de la metrópoli, contra los débiles industriales nacionalistas de la América Latina. El resultado estaba prácticamente predeterminado por el anterior proceso del desarrollo capitalista, que de esta manera había dispuesto las cartas.

En el período que va de los años veinte, hasta mediados de los años cincuenta, los intereses nacionalistas del interior a veces eran todavía capaces de obligar a sus gobiernos a implantar tarifas proteccionistas en muchos países. Industria, sobre todo la textil, marina de bandera nacional, y otras actividades generadoras de desarrollo evidenciaban señales de vida. Al mismo tiempo, los propios latinoamericanos rehabilitaban las minas abandonadas y abrían nuevas, y comenzaron a incrementar sus sectores de exportación agrícola y de otras materias primas. Para favorecer e impulsar el desarrollo económico interno, tanto como para responder a la creciente demanda externa de materias primas, los liberales lucharon por diversas reformas, principalmente la agraria, tanto como por la inmigración, que incrementaría la fuerza nacional de trabajo y expandiría el mercado interno.

Las burguesías de América Latina, orientadas comercialmente hacia la metrópoli, y sus aliados nacionales de la minería y la agricultura, se opusieron a este desarrollo capitalista autónomo, ya que las tarifas proteccionistas interferían sus intereses comerciales, y lucharon contra los industriales nacionalistas y los derrotaron en las guerras civiles de los años treinta y cuarenta entre federalistas y centralistas. Las potencias metropolitanas ayudaron a sus socios menores de Latinoamérica con armas, bloqueo naval, e intervención militar directa e instigación de nuevas guerras, dondequiera que fue necesario, como la de la Triple Alianza contra Paraguay, que perdió los 6/7 de su población masculina en defensa de su ferrocarril financiado nacionalmente y de su esfuerzo de desarrollo autónomo genuinamente independiente.

El comercio y la espada estaban preparando a Latinoamérica para el libre comercio con la metrópoli, y para que así fuese había primero que eliminar la competencia del desarrollo industrial latinoamericano; y, con la victoria de los grupos de intereses económicos orientados hacia el exterior sobre los grupos nacionalistas, la economía y los estados latinoamericanos tenían que subordinarse aun más a la metrópoli. Sólo entonces se llegaría al libre comercio y regresaría el capital extranjero a sus dominios. Un nacionalista argentino de la época señalaba: «después de 1810... la balanza comercial del país ha sido permanentemente desfavorable, en tanto que los comerciantes del país han sufrido pérdidas irreparables. Tanto el comercio de exportación como el de importación y la venta al detalle han pasado a manos extranjeras. La conclusión no puede ser otra, sino que la apertura del país a los extranjeros ha demostrado ser perjudicial

a la balanza. Los extranjeros desplazaron a los nacionales no sólo del comercio, sino también de la industria y la agricultura» y otro añadía: «No es posible que Buenos Aires haya sacrificado sangre y riqueza con el sólo propósito de convertirse en consumidor de los productos y manufacturas de los países extranjeros, pues tal situación es degradante y no corresponde a las grandes potencialidades que la naturaleza ha otorgado al país... Es erróneo suponer que la protección genera el monopolio. El hecho es que la Argentina que ha sido colocada bajo un régimen de libre comercio por espacio de veinte años, está ahora controlada por un puñado de extranjeros. Si la protección desalojaría a los comerciantes extranjeros de sus posiciones de preeminencia económica, el país tendrá ocasión de felicitarse por haber dado el primer paso hacia la reconquista de su independencia económica... La nación no puede seguir sin restringir el comercio exterior, ya que sólo la restricción hace posible la expansión industrial; no debe soportar por más tiempo el peso de los monopolios extranjeros, que estrangula toda tentativa de industrialización».⁴ Pero lo soportó.

Según el correcto análisis de Burgin en su estudio sobre el federalismo argentino, «el desarrollo económico de la Argentina postrevolucionaria se caracterizó por un desplazamiento del centro de gravedad económica del interior hacia la costa, provocado por la rápida expansión de la última y el simultáneo retroceso del primero. El carácter desigual del desarrollo económico condujo a lo que fue en cierta medida una desigualdad que es perpetuada a sí misma. El país resultó dividido en provincias pobres y ricas. Las del interior tenían que despojarse de grandes proporciones del ingreso nacional en favor de Buenos Aires y otras provincias del Este».⁵

En Brasil, Chile, México, en toda Latinoamérica, los industriales, patriotas, y economistas esclarecidos denunciaron este mismo inevitable proceso del subdesarrollo capitalista. Pero en vano: el desarrollo capitalista mundial, y la espada, habían puesto el libre cambio a la orden del día. Y con él llegó el capital extranjero.

El libre comercio, como lo advirtió Friedrich List,⁶ se convirtió en el principal producto de exportación de la Gran Bretaña. No fue por casualidad

⁴ Burgin, Miron. «The Economic Aspects of Argentine Federalism» 1820-1852. Cambridge Harvard University Press. Pág. 234.

⁵ Burgin, Miron. Op. citada. Pág. 81.

⁶ Friedrich List, gran nacionalista alemán del siglo XIX; padre de la Unión aduanera alemana.

que el liberalismo manchesteriano nació en Algodonópolis. Pero fue abrazado con entusiasmo, por la mayor parte de los sectores agrícolas y mineros de exportación, de comerciantes importantes de la América Latina, que habían sobrevivido a los tiempos coloniales, derrotando a sus rivales nacionales representantes del desarrollo nacionalista y capturando el Estado en sus países y, ahora, se colocaban de aliados y sirvientes de los intereses extranjeros —a través del libre comercio exterior para asegurar el cerrado monopolio nacional para ellos y sus socios extranjeros.

No es extraño, pero en términos de la realidad histórica y de las necesidades políticas e ideológicas del presente es lamentable, que debamos a la mayoría de las interpretaciones conocidas de estos y otros acontecimientos latinoamericanos a escritores contemporáneos e historiadores liberales interesados, quiénes nos han dado de tales sucesos una imagen acorde con sus intereses. Para sus análisis, los marxistas han importado la teoría de Europa y han aceptado los hechos expuestos por los investigadores liberales latinoamericanos. En consecuencia, se ha embotellado con demasiada frecuencia una mezcla liberal de vino y agua bajo su rótulo marxista. La línea política revolucionaria de hoy podría beneficiarse mucho de una reinterpretación científicamente marxista de figuras históricas tales como Rosas y otros, en la Argentina; el doctor Francia y los López, padre e hijo, en Paraguay; Rengifo y Balmaceda en Chile; Mauá y Nabuco en Brasil; Mora o Lucas Alamán y Juárez en México, de sus respectivos programas económicos y políticos o sus épocas. Sugiero que, si hay que buscar la revolución democrática burguesa en América Latina, se debe buscar allí, aunque en su contexto colonial. Algunos de ellos parecen haber intentado, ya en los comienzos del siglo XIX, la revolución democrática burguesa y el programa de industrialización nacionalista para los que ciertos intereses políticos están tratando de ganar hoy el respaldo del pueblo en las postrimerías del siglo XX.

Este período preparó la irrupción del imperialismo y sus nuevas formas de manejo del capital, tanto en la metrópoli como en Latinoamérica, donde el libre comercio y las reformas liberales habían concentrado la tierra en pocas manos, creando así una mayor fuerza ociosa de trabajo agrícola y fomentando gobiernos dependientes de la metrópoli, que abrían ahora las puertas no sólo al comercio sino a las nuevas formas de inversión del capital imperialista, que rápidamente tomaba ventaja de esta situación.

La demanda metropolitana de materias primas y su lucrativa producción y exportación para Latinoamérica, atrajeron el capital privado y público

de esta última hacia la expansión de la infraestructura necesaria para esta producción. En Brasil, Argentina, Paraguay, Chile, Guatemala y México (en cuanto sepa el autor, pero probablemente también en otros países), el capital nacional construyó el primer ferrocarril. En Chile, dio acceso a las minas de nitrato y cobre, que iban a convertirse en las principales abastecedoras de fertilizantes y metal rojo del mundo; en Brasil, a los cafetales cuyo grano abasteció casi todo el consumo global, y así en todas partes. Sólo después que demostraron ser negocios brillantes —como una y otra vez ha acontecido en la historia de Latinoamérica— y cuando Inglaterra tuvo que encontrar salida para su acero, entró el capital extranjero a estos sectores a hacerse cargo de la propiedad y administración de estas empresas inicialmente latinoamericanas, mediante la compra —a menudo con propio capital latinoamericano— de las concesiones de los nativos.

En América Latina, este mismo comercio y capital imperialista hizo mucho más que incrementar el valor de la producción, comercio y beneficios por la acumulación de cerca de U. S. \$10,000 millones de inversiones en esa zona. La metrópoli imperialista utilizó su comercio y su capital para penetrar en la economía de Latinoamérica y utilizar su potencial productivo en forma mucho más completa, eficiente y exhaustiva a favor del desarrollo de la misma metrópoli, que de lo que fueron capaces las metrópolis colonialistas. Como anotaba Rosa Luxemburgo sobre un proceso similar, «despojadas de todos sus eslabones oscurecedores, estas relaciones consisten en el hecho simple de que el capital europeo ha absorbido totalmente la economía agrícola egipcia. Enormes extensiones de tierra, trabajo y productos sin número, afluyendo como tributos al Estado, han sido convertidos por último en capital europeo, y acumulados».⁷

En realidad, en América Latina el imperialismo fue más lejos y transformó —pero en sentido reaccionario— toda la estructura productiva, de clases. No sólo se sirvió del Estado para invadir la agricultura, sino que tomó posesión de casi todas las instituciones económicas y políticas para incorporar la economía entera al sistema imperialista. Los latifundios crecieron a un ritmo y en proporciones desconocidas en la historia, especialmente en Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba, Méjico y Centroamérica. Con la ayuda de los gobiernos latinoamericanos, los extranjeros se adue-

⁷ Luxemburgo, Rosa. *The Accumulation of Capital*, New York, Monthly Review Press. Pág. 438.

ñaron —casi por nada— de inmensas extensiones de tierra. Y donde no se apropiaron de la tierra, fueron dueños de sus productos, porque la metrópoli también tomó el control y monopolizó el intercambio de los productos agrícolas y la mayoría de los demás. Tomó posesión de las minas de Latinoamérica y aumentó su rendimiento, agotando a veces recursos económicos, como los nitratos de Chile, en pocos años. Para exportar esas materias primas de Latinoamérica e importar sus equipos y mercancías, la metrópoli estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviarias y eléctrica, lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, que a su vez estaba conectado con la metrópoli. Hoy, ochenta años después, mucho de este esquema exportación-importación permanece aún, en parte porque el ferrocarril todavía está orientado en esa forma, pero principalmente porque el desarrollo urbano, económico y político orientado hacia la metrópoli, —que el imperialismo del siglo diecinueve generó en la América atina—, dio origen a intereses de clase creados que, con el apoyo de la metrópoli, mantuvieron y expandieron este desarrollo del subdesarrollo latinoamericano durante el siglo veinte.

Es así que, implantada en la era colonial y ahondada en la del libre cambio, la estructura colonial y clasista del subdesarrollo se consolidó en América Latina con el comercio y el capital imperialista del siglo diecinueve. Se convirtió en una economía monoexportadora primaria con un lumpen proletariado explotado por una burguesía satelizada actuando a través del estado corrompido de un anti-país: **México bárbaro** (Turner); **Repúblicas del Banano** de Centroamérica que no son sino «países compañía»; **La inexorable evolución del latifundio; sobre producción, dependencia económica y crecimiento de la pobreza en Cuba** (Guerra y Sánchez); **Argentina británica**; y **Chile patológico**, del que el historiador Francisco Encina escribió, en 1912, bajo el título **Nuestra Inferioridad Económica: Causa y Consecuencias**: «Nuestro desarrollo económico de los últimos años presenta síntesis que evidencian una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo diecinueve, el comercio exterior de Chile estaba casi exclusivamente en manos de los chilenos. En menos de cincuenta años, el comercio exterior ha asfixiado nuestra incipiente iniciativa comercial; y en nuestro propio suelo nos eliminó del comercio internacional y nos desalojó, en gran parte, del comercio al detalle... La marina mercante... ha caído en tristes dificultades y sigue cediendo campo a la navegación

extranjera aún en el comercio de cabotaje. La mayoría de las compañías de seguros que operan entre nosotros tienen su casa matriz en el exterior. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las sucursales de los bancos extranjeros. Una porción cada vez mayor de bonos de las instituciones de ahorro está pasando a manos de extranjeros que viven en el exterior».

Con el desarrollo de la nueva estructura colonial del imperialismo del siglo diecinueve, el capital extranjero vino a jugar un papel casi equivalente al del comercio exterior en la tarea de transformar la estructura económica, social, y política de Latinoamérica hasta que la estructura de su subdesarrollo estuvo firmemente consolidada.

Nacionalismo Burgués.

La Primera guerra mundial dio a las economías satélites de América Latina una tregua respecto del capital y el comercio exterior, tanto como de otros lazos con la metrópoli. Como había ocurrido en otras oportunidades, los latinoamericanos impulsaron su propio desarrollo industrial, principalmente por el mercado interno de bienes de consumo. No bien terminó la guerra, cuando la industria metropolitana, ahora principalmente norteamericana, penetró precisamente en aquellas regiones y sectores como los manufactureros de bienes de consumo de Buenos Aires y Sao Paulo, que los latinoamericanos acababan de encaminar hacia la industrialización. Después, apoyados en su poder financiero, tecnológico y político, las gigantescas corporaciones americanas y británicas desplazaron y aún, reemplazaron —esto es, desnacionalizaron— la industria latinoamericana. Las crisis de la balanza de pagos que naturalmente siguieron, fueron remediadas con empréstitos externos, que cubrían los déficits, pero también servían para obtener del gobierno concesiones para intensificar la penetración de la metrópoli en las economías de Latinoamérica.

La crisis de 1929, en contra de la teoría del comercio internacional, pero de acuerdo con los precedentes históricos, redujo fuertemente el capital extranjero, así como el comercio, y por consiguiente la transferencia de recursos de inversión desde los satélites hacia la metrópoli. Este debilitamiento de los lazos económicos con la reducción de la intromisión metropolitana en América Latina, se inició con la depresión de 1930, se mantuvo con la recesión de 1937, y continuó con la Segunda guerra mundial y la consiguiente reconstrucción hasta principios de la década de 1950.

Creó condiciones económicas y permitió cambios políticos en América Latina que redundaron en el comienzo de una fuerte política e ideología nacionalista y su más grande industrialización independiente desde las décadas del siglo anterior.

Es esencial comprender que los relacionados cambios de la estructura de clases en Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, México y otras partes de América Latina, han ocurrido dentro de su estructura colonial externa e interna y en respuesta, sustancialmente, a cambios de sus relaciones coloniales generados por la metrópoli. Es importante interpretar estos cambios de la estructura clasista en función de la estructura colonial que los sustenta.

La conmoción económica resultante de la drástica reducción de la capacidad de América Latina para importar, del descenso de las exportaciones de manufacturas metropolitanas y de las inversiones y empréstitos extranjeros, causados por la gran depresión en la metrópoli, tuvo consecuencias económicas y políticas de largo alcance en muchas partes de Latinoamérica. Es esencial comprender tanto el alcance como las limitaciones de estas consecuencias para poder apreciar cabalmente los problemas económicos y políticos de hoy. El inicio de la depresión modificó a tal punto el ingreso nacional y su distribución, que la estructura institucional existente no pudo hacer frente a los necesarios reajustes: en 1930 o poco después ocurrieron revoluciones en Brasil, Argentina, Chile, Cuba y la revolución mexicana de 1910, que casi se había detenido, recibió un nuevo impulso. La actividad revolucionaria agitó a otras partes del continente. Los intereses exportadores aliados con la metrópoli se vieron obligados a entrar en coalición con los todavía débiles intereses industriales y (al menos en Brasil) con los nuevos intereses regionales, que se hicieron incluir en el gobierno. A los dos o tres años se intentaron contrarrevoluciones que representaban a algunos de los intereses tradicionales y tuvieron éxito parcial en Cuba y Chile, aunque no en los tres mayores países latinoamericanos. En este sentido, el aflojamiento de los lazos económicos coloniales con la metrópoli y, en general (aunque no en Cuba), la relativa paralización de la intervención política imperialista que la depresión metropolitana produjo en Latinoamérica, sentaron también las bases económicas y políticas para nuevas alineaciones de las clases y nuevos programas de industrialización. Mientras los gobiernos nacionales continuaron protegiendo a los intereses exportadores (como hizo el gobierno brasileño mediante el sostenimiento de los precios del café), estos intereses estuvie-

ron dispuestos, y en algunos casos se mostraron hasta ansiosos de permitir la promoción de la manufactura nacional, en momentos en que la depresión arruinaba el comercio de exportación de todos modos.

Ciertos países latinoamericanos comenzaron a producir los bienes de consumo que antes importaban. Pero este proceso de «sustitución de las importaciones» conllevaba dos importantes limitaciones, ambas derivadas de la estructura de clases existente. Primero, tenían que partir de la distribución del ingreso y la estructura de la demanda tal como era. Esto quiere decir que tenían que concentrarse en la producción de bienes de consumo, particularmente para el mercado de altos ingresos. Sin un cambio grande en la estructura de las clases y la distribución del ingreso, el mercado interno no podía crecer con bastante rapidez para sustentar indefinidamente el proceso de sustitución de las importaciones. Por la misma razón no produjeron suficiente equipo industrial o bienes de producción (el sector I en términos marxistas), a consecuencia de lo cual se vieron obligados a importarlos del exterior, a fin de mantener y continuar el proceso de sustitución de las importaciones. Esto es, terminaron sustituyendo únicamente un tipo de importaciones por otro, lo cual renovó su dependencia de la metrópoli y condujo a la renovación de las inversiones extranjeras. Para poder evitar estas dos limitaciones, estos países latinoamericanos tendrían que haber seguido el modelo de industrialización soviético, en el cual el estado y no la demanda de los consumidores es el que determina cuáles bienes —bienes esenciales— se producen primero. Pero para eso habrían debido tener un estado soviético, o sea una estructura socialista de clases. Las avenencias políticas nacionales de los años treinta pudieron sobrevivir a la depresión por algún tiempo, porque la Segunda guerra mundial, si bien mejoró el cuadro de las exportaciones, no permitía aún la renovación de las importaciones de la metrópoli. El cese de las hostilidades en Corea puso fin, por último, a esta luna de miel latinoamericana, en la que los intereses exportadores coloniales mantuvieron un quebradizo matrimonio con los intereses industriales de la burguesía nacional y los del creciente proletariado, cuyo vástago fue una mal formada industria nacional. Todo con las renuentes bendiciones del imperialismo.

Importa mucho comprender no sólo los éxitos, sino también las limitaciones de este período, porque dos problemas políticos principales del presente derivan de la supervivencia del vástago deforme y de los esfuerzos de cierta gente por reanimarlo o producir otro hijo semejante. Este período presencié el florecimiento de los movimientos políticos e ideológicos de Var-

gas, Perón, Cárdenas, Haya de la Torre, Aguirre Cerda, Gallegos y Betancourt, Figueres, Arévalo-Arbenz (y, pudiérase añadir de Ghandi y Nehru, en otra parte colonial del mismo sistema capitalista mundial). Fue ésta también la época del nacionalismo económico, del desarrollo nacional y en algunos casos industrial, del crecimiento de los sectores obreros urbanos y las capas medias, del reformismo democrático, el beneficienismo y el populismo, todos ligados a los antedichos nombres (excepto Haya de la Torre, que nunca llegó a ser gobierno, y Betancourt, de quien, notablemente, esto sólo vale para el primer período presidencial de Acción Democrática). Estos movimientos requieren mayor estudio, particularmente para explicar sus diferencias en cuanto a alcance y oportunidad. ¿Por qué, por ejemplo, el peronismo y el arévaloarbenzismo aparecen tan tarde, en comparación con lo que ocurre en Brasil, Chile y México?

Algunos podrían sentirse tentados de decir que ello fue la obra de la burguesía nacional latinoamericana, que quizás intentó una versión colonial de la «revolución democráticoburguesa» o de un «matrimonio de centeno y hierro» al estilo Bismarck en Alemania o de la restauración de Meiji en Japón, mientras los lazos coloniales eran temporalmente debilitados por la depresión y la guerra en la metrópoli imperialista.

No obstante, sostengo que si hemos de buscarla, es más históricamente exacto buscar esta revolución democráticoburguesa hace cien años atrás, cuando las generaciones del doctor Francia, López, Rosas (antes de cambiar de bandera, como Betancourt después), Juárez y más tarde, Nabuco y Balmaceda, simbolizaron esfuerzos en esencia similares, de desarrollo nacionalista y nacional.

Cualquiera que sea nuestra respuesta a esta cuestión, es imperativo comprender que este desarrollo industrial, este nacionalismo burgués, esta alianza de la clase obrera con elementos burgueses nacionales en contra del imperialismo y de los intereses exportadores latinoamericanos y de toda la superestructura ideológica que los acompaña, fueron el producto de circunstancias históricas particulares que llegaron definitivamente a su fin con la recuperación de la metrópoli después de la Segunda guerra mundial y con los importantes cambios por que han pasado la metrópoli y el resto del mundo desde entonces, particularmente la revolución tecnológica y la militarización de Estados Unidos y la revolución y desarrollo socialistas en algunas excolonias de la metrópoli. Estos acontecimientos, estos cambios de la estructura colonial capitalista mundial, imposibilitan la continuación de tal desarrollo nacionalista burgués en Latino-

américa y convierten en utópico todo sueño de recomenzarlo en el futuro; utópico, es decir, para la burguesía, pero políticamente suicida para el pueblo. Y esto es así no sólo en América Latina, sino también, como enseña la experiencia de las nuevas neocolonias de África, Asia y particularmente Indonesia, en toda la parte colonial del sistema imperialista en general.

NEO-IMPERIALISMO

El imperialismo, sin duda, es el principal enemigo de la humanidad hoy en día. ¿Pero cómo se manifiesta esta enemistad en el seno de la sociedad latinoamericana contemporánea? ¿Qué expresión asume este enemigo allí y cómo debemos combatirlo? Para encontrar respuesta a estas preguntas, conviene informarse más acerca de las complejas y todavía cambiantes relaciones entre las estructuras colonial y de clases de América Latina. Podemos empezar por algunas cuestiones planteadas por cambios recientes de la estructura colonial.

Las relaciones coloniales clásicas entre la metrópoli y Latinoamérica, en las que la explotación de la segunda por la primera se organizó principalmente a través de la división del trabajo productivo y el intercambio monopolista de manufacturas y materias primas, están siendo remplazadas o, al menos, completadas mediante una nueva forma de explotación: las inversiones extranjeras y la titulada ayuda. A medida que la metrópoli logra formas de producción más necesitadas de capital y, sobre todo, más tecnológicamente complejas, dentro de sí misma, reemplaza cada vez más el simple comercio exterior por las inversiones en fábricas subsidiarias fuera de ella, instalaciones que hoy producen localmente los bienes de consumo y algunos bienes de producción que antes se importaban, pero con equipo y tecnología traídos de la casa matriz, situada en la metrópoli imperialista. Las pérdidas de capital en Latinoamérica a causa de los términos de intercambio (no sólo su deterioro de que se quejan la CEPAL y la UNCTAD, sino también la explotación monopolista que estas condiciones del intercambio representan en su nivel más favorable, como durante el período de la guerra de Corea), son crecientemente aumentadas por un adicional flujo de capitales de las colonias a la metrópoli, en forma de remesas de utilidades, amortización de deudas, royalties, etc. Por ejemplo, en 1961-1963, los pagos latinoamericanos por estos «servicios» finan-

cieros «invisibles» ascendieron al 40% del ingreso de divisas del continente, y los pagos por el transporte en buques extranjeros y otros servicios representaron 21,5%, para hacer un total de 61,5% de las ganancias de divisas que Latinoamérica tuvo que pagar por servicios, sin recibir un solo centavo en mercancías. Esto significó un desembolso anual de más de 6,000 millones de dólares USA, o sea el 7% del producto nacional bruto (PNB) de Latinoamérica en estos años. En comparación, el deterioro de los términos de intercambio desde principios de la década del 50, queja principal de la CEPAL, representó una pérdida (adicional) de 3% del PNB de América Latina. Este drenaje de capital podría compararse con el total de gastos latinoamericanos dedicados a la educación, desde los kindergartens hasta la universidad, pública y privada, que sólo fue el 2,6% de su PNB. Más recientemente, la partida de «servicio de deudas» de esta pérdida de capital ha aumentado del 15% al 19% (en 1966) de las ganancias en divisas, lo que probablemente eleva el total de pagos por servicios a más de 65% del ingreso de divisas, o alrededor del 8% del PNB, sin contar el 3% o más que representa el deterioro de los términos de intercambio ni el incalculable monto de lo que se pierde por la explotación monopolista en este comercio.⁸ Sin embargo, hasta la fuga calculable de capitales de América Latina es tres o cuatro veces mayor que la suma mencionada por la Segunda Declaración de la Habana y por recientes estimados de Fidel. No en balde estas relaciones coloniales convierten el superávit de la balanza comercial de Latinoamérica en un crónico y creciente déficit de la balanza de pagos, lo que, en viciosa espiral, hace a la burguesía latinoamericana aun más dependiente del imperialismo. Este creciente problema merece más estudio del que hasta ahora ha recibido.

No obstante, más nefasto aún que el saqueo de capital, es la estructura del subdesarrollo y su freno y desvío del desarrollo nacional, que el imperialismo profundiza en Latinoamérica por medio de la creciente inversión extranjera. Los mecanismos institucionales a través de los cuales se efectúa este flujo de capitales del pobre al rico plantean también varias cuestiones. ¿Cuál es la fuente de este capital en Latinoamérica y, más concretamente, cómo se financian las inversiones extranjeras, principalmente de Estados Unidos, en el continente latinoamericano? Una parte

⁸ André G. Frank, *Servicios Extranjeros o Desarrollo Nacional*. Comercio Exterior, México, febrero de 1966.

cada vez más pequeña de las inversiones de capital «norteamericano» llega al continente desde Estados Unidos y la mayor parte se origina en la propia América Latina.

Así, de acuerdo con el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, del total del capital obtenido y empleado, teniendo en cuenta todas las fuentes de las operaciones de EE.UU. en Brasil, en 1957, un 26% salió de EE. UU. y el resto se fomentó en Brasil incluyendo 36% de fuentes brasileñas fuera de las firmas norteamericanas.⁹ Ese mismo año, del capital norteamericano de inversión directa en Canadá, 26% procedía de los EE. UU. mientras que el resto fue también obtenido en Canadá.¹⁰ Ya en 1964, sin embargo, la parte de inversión norteamericana en Canadá procedente de los EE. UU. había descendido a un 5%, haciendo que el promedio de contribución norteamericana al capital total manipulado por las firmas norteamericanas fuese sólo de un 15%, durante el período de 1957 a 1964. Todo el remanente de «inversión extranjera» fue obtenido en Canadá a través de ganancias retenidas (42%), reservas para depreciación (31%) y de fondos obtenidos por las firmas norteamericanas en el mercado de capital canadiense (12%). Según un survey realizado sobre las firmas norteamericanas de inversión directa que operaban en Canadá durante el período 1950-1959, el 79% de las firmas consiguió alrededor de un 25% del capital destinado a sus operaciones en Canadá, el 65% de las firmas consiguió un 50% aproximadamente en Canadá, y un 47% de las firmas norteamericanas con inversiones en Canadá obtuvo todo su capital operativo canadiense en este propio país y no en los Estados Unidos. Hay razones para creer que este provecho norteamericano del capital extranjero para financiar la «inversión extranjera» norteamericana, es mucho mayor aún en los países subdesarrollados, mucho más débiles o indefensos que Canadá.

No es extraño, entonces, que entre 1950 y 1965, el movimiento de capitales por inversiones privadas que registra el Departamento de Comercio de Estados Unidos, fuera de 9,000 millones de dólares de USA hacia el mundo excluyendo Europa y Canadá, y que 25,600 millones de dólares

⁹ Claude Mc Millan Jr.; Richard F. González; Leo Erickson, *International Enterprise in a Developing Economy. A study of U. S. Business in Brasil*. M. S. U. Business Studies. East Lansing: Michigan State. University Press, 1964. (p. 205).

¹⁰ Este y los siguientes datos sobre Canadá son tomados y calculados de A. E. Safarian, *Foreign Ownership of Canadian Industry*. Toronto: Mc Graw-Hill Company of Canada, 1966. (p. 235-241).

fueran de estos países Asia, Africa y América Latina y 11,300 hacia los Estados Unidos— de los cuales 3,800 millones desde EE. UU. hacia Latinoamérica y 11,300 millones de dólares desde Latinoamérica a USA.¹¹ Es, por ende, necesario investigar con mayor cuidado el sistema bancario latinoamericano (bancos gubernamentales, bancos de propiedad privada nacional y bancos extranjeros), las bolsas de acciones y otras instituciones financieras y las empresas industriales y comerciales extranjeras y nacionales, especialmente las de propiedad mixta, que hacen posible esta fuga de capitales.

Especialmente importante, por razones económicas y políticas, es la creciente asociación de capitales extranjeros y nacionales en estas empresas mixtas. Y aun más importante —y menos estudiado— es el creciente brote de empresas mixtas que asocian capital privado extranjero de gobiernos nacionales latinoamericanos, como en la «chilenización» del cobre. ¿Quién proporciona la mayor parte del capital? (los latinoamericanos, presumiblemente); ¿quién cosecha el grueso de las utilidades? (los yanquis presumiblemente); ¿quién tiene o consigue el control real de las empresas y por tanto decide qué bienes producir, qué equipos industriales y procesos usar, cuándo expandir y contraer, etc.? (los yanquis, presumiblemente); y ¿quién carga con las pérdidas cuando el negocio es desfavorable? (los latinoamericanos, presumiblemente). ¿Cómo se beneficia, o más bien se perjudica Latinoamérica, por este uso del capital latinoamericano? ¿Cuáles son las consecuencias políticas de esta asociación —mejor dicho, incorporación— no sólo de los intereses exportadores latinoamericanos, sino hoy también de la burguesía industrial latinoamericana, la en otro tiempo burguesía «nacional», con o en el monopolio imperialista? Algunos países latinoamericanos dictaron leyes que requerían un 49 ó un 51% de participación «nacional» en ciertas empresas, supuestamente para proteger los intereses nacionales. Hoy es evidente que estas medidas sólo sirvieron para sumergir a los elementos sobrevivientes de la burguesía «nacional» en la imperialista. Después algunos gobiernos burgueses latinoamericanos se propusieron «proteger» o incluso «fomentar» los intereses nacionales entrando ellos mismos en tales asociaciones mixtas. El resultado sólo puede ser que estos gobiernos coloniales perderán hasta el poco poder de regateo político que les haya quedado en su ya demasiado subalterna aso-

¹¹ Magdoff, Harry. Aspectos económicos del imperialismo norteamericano. Pensamiento Crítico No. 8.

ciación con el imperialismo. Este asunto también requiere mayor esclarecimiento científico y político.

El otro brazo de la ofensiva económica y política contemporánea del imperialismo norteamericano en América Latina es la «ayuda exterior» y, particularmente, su expresión institucional en la «Alianza para el Progreso» y la «integración económica». Estas expresiones han sido denunciadas por las izquierdas latinoamericanas, aunque la última apenas; pero no han sido en modo alguno adecuadamente analizadas. ¿Exactamente quién está aliado a quién y quién es ayudado por quién? Se tiene testimonios, que justifica más investigación, de que buena parte de la ayuda no llega siquiera a la burguesía latinoamericana, y mucho menos, claró está, al pueblo latinoamericano, sino más bien a las firmas norteamericanas que operan en América Latina. Si la burguesía latinoamericana ha de beneficiarse de esta parte de la «ayuda», debe hacerlo a través de su asociación con dichos monopolios imperialistas. Entonces, ¿cuál es, precisamente, la relación de esta ayuda con las inversiones extranjeras? Mucho se censuran las trabas monetarias, fiscales, cambiarias y de política salarial que se agregan a los empréstitos de Estados Unidos y las agencias de la ONU, especialmente el Fondo Monetario Internacional. Pero estas políticas no sólo benefician a la burguesía imperialista, sino también a casi todos los sectores de la gran burguesía latinoamericana, que las acepta y ejecuta —como la devaluación— con avidez. ¿Por qué? ¿Con cuáles implicaciones políticas?

La Alianza para el Progreso comenzó con mucha propaganda acerca de la reforma agraria, la reforma fiscal y otras, que antes habían sido promovidas por los sectores más progresistas y nacionalistas de la burguesía latinoamericana y que recientemente habían sido recomendadas por su personero ideológico, La Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL). Pero estas proposiciones de reforma no tardaron en ser archivadas junto con sus consiguientes «planes» económicos y su lugar de honor ha sido ocupado desde entonces —como se confirmó en la última reunión «interamericana» de presidentes en Punta del Este, en 1967 —por proposiciones para acelerar la formación de un mercado común «latinoamericano». Esta última propuesta goza de mucho más realismo económico y respaldo político desde el punto de vista de Estados Unidos, de la gran burguesía de los mayores países latinoamericanos y de los gobiernos, incluyendo el del «chilenista» Frei, que los sirven. Evidentemente, es mucho más realista tratar de expandir la indus-

tria, realineando la estructura colonial que reformando la estructura de las clases en estos países latinoamericanos, especialmente si en el curso del proceso se puede aumentar el grado de monopolización y el volumen de ganancias monopolistas a expensas de la débil burguesía mediana y las clases populares, mediante lo que equivaldría a una contrarreforma en la estructura de clases.

Vale la pena observar que estas proposiciones de «integración económica» gozan también de la aprobación de esa defensora de los intereses burgueses supuestamente nacionales, la CEPAL. Sin embargo, apenas se dispone de media docena de artículos y de ni un solo estudio serio de las bases o consecuencias económicas y las implicaciones políticas de este movimiento de la burguesía imperialista y latinoamericana hacia la integración económica, y, con ella, la integración política y la militar. ¿Quién hará a la patria América y en base de qué, el imperialismo o la revolución?

ESTRUCTURA DE CLASES

¿Cuál es, pues, la estructura de clases en América Latina y cómo hay que proseguir la lucha anticolonial y de clases hacia el socialismo? Examinamos sucesivamente la estructura de clases en niveles nacional, urbano y rural. Los gobiernos «nacionales» son, casi todos, más coloniales aún que las burguesías que representan. Parece legítimo preguntarse —y en el caso del África contemporánea apenas puede haber duda de ello— hasta qué punto han existido en Latinoamérica los estados nacionales en el sentido clásico, y hasta qué punto la maquinaria del Estado ha funcionado la mayoría de las veces como instrumento de una coalición entre la burguesía metropolitana y los sectores principales de las burguesías latinoamericanas, que siempre han sido el socio menor o a veces sólo los ejecutores del imperialismo. Se han instalado gobiernos militares para manejar los asuntos del Estado en beneficio de estos intereses cuando los gobiernos civiles no podían hacerlo adecuadamente. (De los nuevos gobiernos militares de Brasil y Argentina, que representan una nueva importante desviación, trataremos más adelante).

La burguesía exportadora, agrícola y minera, debe su existencia y sobrevivencia a la estructura colonial, y es leal a su patrón metropolitano. Así puede decirse tanto de su sector productivo como del comercial y en el

campo como en la ciudad. La «oligarquía» latifundista no tiene vida independiente y debemos cuestionar hasta dónde podemos identificarla separadamente de la burguesía comercial, y de la industrial. Este último sector de la burguesía, como se infiere del examen de las inversiones extranjeras, ha sido hoy sólidamente integrado también en la coalición del imperialismo y sus socios y ejecutores burgueses latinoamericanos, compradores y burocráticos. La penetración imperialista, combinada con el descenso de los términos de intercambio, la devaluación, la consiguiente reducción de la capacidad para importar por cuenta propia equipos industriales, la disminución de los porcentajes de crecimiento y ganancia, y en algunos casos la inflación, han forzado casi, desde mediados de la década de 1950, al fabricante «nacional» mediano y a su distribuidor a abandonar el negocio o a entrar en el imperio comercial de un «inversionista» extranjero que le compra sus instalaciones. La empresa extranjera lo convierte entonces, literalmente, en un empleado burocrático de la firma imperialista, en la que se le permite continuar como «gerente» o «consultor» de su antigua casa, percibiendo por ello un salario o algunas acciones de la empresa imperialista. ¿Qué parte de la burguesía nacional, desarrollada en condiciones particulares durante las décadas del 30 y el 40, ha podido sobrevivir a este proceso del 50 y 60? ¿Con qué poder político, si alguno retienen, pueden los que sobreviven tomar parte en una lucha antimperialista, cuando el estrujamiento imperialista los obliga a reaccionar oprimiendo a sus obreros y abandonando la pequeña burguesía a su suerte, rompiendo o debilitando la alianza que solía proporcionar a la burguesía nacional sus principales fuentes de poder político?

El desarrollo industrial produjo un proletariado de cierta importancia en algunos países latinoamericanos. Así ocurrió también en las industrias minera y petrolera. Este proletariado industrial, especialmente el de las industrias grandes, ha sido sindicalizado en parte bajo la égida de la burguesía nacional, que quiso asegurarse tanto el apoyo político como el control del movimiento obrero, y en parte por los partidos comunistas, que de manera general se han aliado a esta burguesía nacional. Los obreros industriales sindicalizados, aunque explotados, han sido recompensados a menudo con ingresos salariales que son altos cuando se les compara con los que recibe la mayor parte de la población, y con beneficios de seguridad social, de los cuales no disfrutaban mayormente el resto de los trabajadores.

Como la metrópoli se apodera de una porción creciente de los más lucrativos negocios de Latinoamérica y somete el resto a tremendas dificultades económicas, a la burguesía, que vive de estos negocios menos lucrativos, no le queda otra alternativa que luchar —aun en vano— por su supervivencia, agravando en precios y salarios el grado de explotación de la pequeña burguesía, obreros y campesinos, con el fin de exprimir alguna sangre adicional; y a veces, tiene que recurrir a la coacción militar directa para lograrlo. Por esta razón sin duda más aún que por motivos idealistas o ideológicos casi toda la burguesía latinoamericana se ve obligada a contraer alianzas políticas con la burguesía metropolitana —esto es, someterse: tienen algo más que un interés común a largo plazo en defender. Aún a corto plazo la burguesía latinoamericana no puede defender intereses nacionalistas y oponerse a la usurpación extranjera —en un Frente Popular— con obreros y campesinos de Latinoamérica porque la misma usurpación neoimperialista está forzando a la burguesía latinoamericana a explotar aún más a sus supuestos aliados obreros y campesinos, obligándola así a privarse de este apoyo político. En tanto que la burguesía de Latinoamérica persista en esa política de precios y salarios que aumenta la explotación de los trabajadores y en reprimir sus legítimas demandas para alivio de esta creciente explotación, no podrá recobrar su apoyo para enfrentarse a la burguesía de la metrópoli; así como la ineficiencia económica de esta explotación impide el ahorro doméstico para inversión, obliga a la burguesía a mirar hacia el exterior en busca de ayuda financiera y tecnológica. La burguesía de Brasil además, ha estado tratando de encontrar una salida adicional, primero a través de la política exterior «independiente» de los presidentes Quadros y Goulart (que buscaron nuevos mercados en África, Latinoamérica y los países socialistas) y, luego que esto resultó imposible en un mundo imperializado, a través de la política exterior subimperialista «interdependiente» iniciada por el actual gobierno militar como socio menor de los Estados Unidos. El subimperialismo brasileño requiere también bajos salarios en el país para que su burguesía pueda entrar al mercado latinoamericano, sobre una base de bajos costos, ya que es además del equipo norteamericano obsoleto, aunque aun moderno, la única ventaja que posee. En los países subimperializados de Latinoamérica, la invasión brasileña también lleva a la baja de salarios, ya que es la única reacción defensiva posible de la burguesía local. De este modo, el subimperialismo también ahonda las contradicciones

existentes entre la burguesía y los sectores trabajadores de cada uno de estos países.

En resumen, el neoimperialismo y el desarrollo del monopolio capitalista están obligando a todos los sectores de la clase burguesa de América Latina a una alianza económica y política y a una dependencia aún más estrecha respecto a la metrópoli imperialista. La vía del capitalismo nacional o estatal hacia el desarrollo económico les está cerrada por el neoimperialismo actual. La misión política de acabar con el desarrollo del subdesarrollo económico corresponde, por tanto, a los pueblos mismos.

En este cuadro, ¿cuál es el futuro económico y político del proletariado industrial y sus organizaciones políticas? El reciente estancamiento económico de buena parte de Latinoamérica se ha traducido, entre otras cosas, en un decreciente salario real para estos trabajadores. Esta realidad y la menguante suerte de la burguesía nacional parecen haber socavado seriamente la alianza obrero-burguesa. Los golpes militares de 1964 y 1966 en Brasil y la Argentina, que no fueron simples rebeliones palaciegas al modo «tradicional» latinoamericano, han destruido sustancialmente lo que quedaba del frágil matrimonio entre los intereses burgueses coloniales y nacionales de las épocas de Vargas y Perón y han cimentado eficazmente el matrimonio burgués de la industria y el comercio asociados a los intereses exportadores imperialistas. (En la esfera internacional, estos golpes se corresponden con la contraofensiva imperialista mundial que también incluye los golpes en África y en Indonesia). ¿Continuará reprimiendo este nuevo régimen burgués las demandas económicas y de democracia política de los obreros industriales, como ha ocurrido en Brasil, o intentará y conseguirá cohesionar al movimiento obrero, como hizo la burguesía nacional, siguiendo, quizás, el modelo mexicano? ¿Y cómo les irá a los obreros y su movimiento en los otros países latinoamericanos? ¿Hasta qué punto los partidos comunistas, gran parte de cuyo poder político descansa en esta base de obreros sindicalizados, han sido sustancial y burocráticamente integrados en la institución burguesa? ¿Qué papel desempeñarán los obreros industriales y los partidos comunistas en la presente etapa del proceso revolucionario?

Quedan otros dos «sectores» urbanos: las «clases» medias pequeño burguesas y la población «marginal» o «flotante», parte de la cual, pero no toda en modo alguno, está formada por recientes emigrantes de las

áreas rurales y que viven en las favelas, las villas miserias, las callampas, barriadas, ranchos, etc., y en los conventillos del centro de las ciudades (aunque parte de estos residentes son también obreros o ex-obreros industriales).¹² Estas gentes constituyen la grande y creciente masa de la población urbana. No es casual que a estos grupos de población se les defina generalmente por su ubicación en el medio de las otras clases y/o por su residencia. Esto se debe al hecho de que su relación con los medios de producción, o incluso el proceso productivo, es incierta en el mejor de los casos, y al de que su comportamiento político es en extremo volátil en el peor. Ambos grupos se caracterizan por pautas en extremo complejas y cambiantes de relaciones económicosociales y de conducta política, que requieren considerable esclarecimiento científico. ¿Son políticamente progresivos los sectores medios, o partes determinadas de ellos, exceptuando a la alta clase media, porque sus ingresos están comprimidos y su horizonte económicosocial restringido por la polarización de la economía y el estancamiento de muchos de sus sectores? ¿O es que la reducción de sus ingresos y la amenaza de proletarización les hace seguir cursos políticos reaccionarios, en alianza con la gran burguesía y su régimen militar? Grandes sectores de la clase media apoyaron con entusiasmo los golpes militares de Brasil y otros países, para desilusionarse más tarde con los programas económicos del nuevo régimen. ¿Por qué esta «clase» media engendra a la pequeña burguesía progresista y, especialmente, a los movimientos estudiantiles, (aunque hasta ahora, estos no representan a la mayoría de su base social)? ¿Es, en realidad, correcto desanimar la lucha de clases para retener a estos grupos sociales o atraerlos a una lucha electoral «antimperialista»? ¿O hay que llevar los sectores más amplios de la pequeña burguesía a la oposición política contra la gran burguesía latinoamericana y, por ende, contra el imperialismo?

¿Es la población «flotante» o «marginal», que bien puede representar la mitad de la población urbana latinoamericana (que a su vez se aproxima a la mitad de la población total), un «lumpen proletariado»? ¿Son estas gentes, en realidad, ideológicamente intocables y políticamente inorganizables? El imperialismo y la burguesía no lo creen así y hasta ahora han tenido sumo éxito en utilizarlas para sus propósitos políticos, que sólo en parte se manifiesta en el apoyo electoral de estos grupos a Odría, Frei,

¹² André G. Frank, *La inestabilidad urbana en Latinoamérica*. Cuadernos Americanos, México, enero de 1966.

Adhemar de Barros, etc. Sin embargo, en Caracas, la izquierda pudo movilizar a una parte de esta población, y en Santo Domingo ellos terminaron movilizándolo al coronel Caamaño.

Quizás la primera y más importante pregunta que se ha de hacer al respecto de la estructura rural de las clases es hasta qué punto se separa y diferencia en Latinoamérica de la estructura nacional y urbana. La importancia de esta pregunta deriva de la casi universal respuesta que le dan los eruditos y los dirigentes políticos, tanto los burgueses como los marxistas: que buena parte de la América Latina rural es un mundo «semi-feudal», separado del sistema capitalista urbano, nacional e internacional; y deriva también de la línea política que a este criterio se asocia. ¿Tiene la América Latina en realidad una economía y sociedad «dual», en una de cuyas partes «sobre vive» un patrón de relaciones productivas feudales o semif feudales y hasta una estructura no capitalista de las clases? ¿Reclama esta «sobrevivencia» en realidad una revolución democrática burguesa o siquiera una revolución democrática nacional, que extienda el capitalismo hacia el campo? ¿O es éste —como pensamos nosotros— uno de los modelos «marxistas» supuestamente científicos y revolucionarios, números 12, 13 y 14, los que Fidel calificó de catecismo absurdo y reaccionario en su discurso ante la OLAS?

El testimonio histórico y la realidad contemporánea, cuyo examen científico debe ser emprendido cuanto antes, sugieren que durante más de cuatro centurias ha sido la estructura colonial del capitalismo mundial y nacional la que ha formado las relaciones de producción y la estructura rural de las clases en América Latina. Esta parte de la sociedad, por ende, no ha estado nunca separada de las metrópolis capitalista mundial y nacional, y si ha sido diferente, es porque los intereses de la burguesía de la última han requerido que la América Latina sea rural devenga y permanezca así. La América Latina rural ha sido colonialmente explotada por la metrópoli capitalista mundial, tanto directa como indirectamente, a través de las metrópolis nacionales latinoamericanas, las cuales someten a su *hinterland* rural (y urbano) al mismo género de explotación colonial «interna» y drenaje de capitales que ellas sufren a manos del imperialismo. La burguesía de la metrópoli nacional colabora con el imperialismo en la explotación colonial y de clases de su propio pueblo. La parte de la burguesía que es dueña de los latifundios y ejerce el control monopolista del comercio interior es, por supuesto, un componente de esta organización capitalista de las colonias y las clases. Lejos de preguntar cuán aislada está

y cuán «feudal» es esta «oligarquía» rural, debemos inquirir cómo la burguesía latifundista (si acaso es rural) está comercialmente ligada a los principales monopolios comerciales e industriales urbanos; hasta qué punto, en realidad, el monopolio de la tierra está en manos de las mismas personas, familias o corporaciones con carácter de monopolio comercial e industrial; hasta qué punto los latifundistas derivan sus ingresos de la producción agrícola de sus tierras y hasta qué punto su posesión monopolista de la tierra les facilita, sencillamente, la explotación comercial, financiera y política de los trabajadores del latifundio y tierras vecinas. Pero esto nos hace preguntar también cómo la explotación capitalista colonial crea y mantiene las relaciones de producción del latifundio y la estructura de clases de la América Latina rural, que superficialmente pueden parecer feudales, pero que realmente posibilitan esta explotación capitalista. Por último, debemos preguntar quiénes quieren cambiar estas relaciones de producción y cómo se cambiarán; no ciertamente, por medio de una revolución democrático burguesa «antifeudal» o «antimperialista», sino por una revolución socialista.

¿Cuál es, entonces, la relación esencial entre los grandes comerciantes-terratenientes y los que en América Latina trabajan la tierra? ¿Constituyen estos últimos un campesinado, sea siervo o libre? Se sugiere aquí que un estudio más cuidadoso revelará que, no obstante la multitud de formas de remuneración que existan entre los que poseen la tierra y los que la trabajan, la relación esencial entrambos —no menos que en la industria— es la explotación de los últimos, carentes de medios de producción para sustentarse, por los primeros, que sí los poseen. Demasiado poco se sabe acerca de la diversidad de formas y, particularmente, acerca de las vastas áreas del Brasil (como en el nordeste), la Argentina, el Caribe y también los países de población indígena, como Perú y Guatemala, en que grandes partes de la población rural son, en esencia, trabajadores agrícolas —un proletariado rural— que trabajan por lo que en esencia es un salario, aunque insuficiente y variable, a la vez que emigran de una finca a otra, de una región a otra y hasta a otros países (como los braceros mexicanos) cuando así lo requieren las condiciones económicas y climatológicas. Ni trabajan únicamente para los grandes terratenientes, sino donde pueden y cuando pueden, en la agricultura o fuera de ella. Los contratan también los propietarios medianos, los pequeños y hasta los arrendatarios o aparceros quienes a veces se sirven de ellos para cumplir sus obligaciones laborales con sus propios terratenientes. ¿Cómo inter-

pretar este patrón tan complejo de explotación? ¿Hasta qué punto está interesado este proletariado rural en la tierra y hasta qué punto en jornales más altos o en mayor seguridad de empleo? ¿Y hasta qué punto se interesan los pequeños propietarios y los arrendatarios, víctimas de la explotación también, pero que a su vez toman jornaleros, en evitar que los salarios suban o que se aprueben y apliquen en las áreas rurales leyes de jornales mínimos, para que se empeore su propia posición competitiva frente a los grandes monopolios de la tierra? ¿Hasta qué punto son estos mismos pequeños propietarios y aparceros trabajadores a jornal —interesados en salarios más altos— o comerciantes —interesados en precios más altos— porque la tierra que poseen o arrienda o trabajan a la parte no les alcanza para mantener a sus familias? ¿Hasta qué punto los propietarios de fincas medianas no son agricultores en absoluto, sino comerciantes pequeño burgueses rurales y urbanos, empleados o profesionales, interesados en exprimir al máximo a los que trabajan sus tierras? Unos alegan que los pequeños propietarios y aparceros pueden movilizarse antes que los proletarios rurales, y la experiencia revolucionaria parece darles la razón. Pero otros mantienen lo contrario. ¿Dónde pues hay que empezar el trabajo político, bajo qué consignas, y con qué aliados?

Se dice que los indígenas latinoamericanos viven en un mundo aparte. Es cierto que, siempre que pueden, tratan de preservar sus culturas y, si es posible, una comunidad social como frente común al intruso. Esta ha sido su mejor protección —aunque casi siempre inadecuada— contra la explotación de que son víctimas por haber sido empujados hasta el mismo fondo de la estructura colonial interna y de la estructura nacional de las clases. Lejos de estar fuera de ambas estructuras, son, en realidad, sus miembros más íntegramente explotados. Como resultado, tienden a ver con suspicacia —basados en 400 años de explotación— toda proposición de eliminar ésta mediante reformas desde arriba. ¿Significa ésto que no han de incorporarse a la lucha revolucionaria desde abajo, una vez que la perciban como tal y una vez que la lucha sea lo bastante revolucionaria para permitir y justificar tal percepción? La historia enseña que el indígena puede ser políticamente movilizado, como en Guatemala; en realidad, que su gran movimiento multitudinario en la base puede excitar a la dirigencia revolucionaria a una mayor combatividad, como en Bolivia en 1952. No se trata tanto de si el indígena participará en la lucha como de si la dirigencia revolucionaria será capaz de canalizar esta participación hacia la revolución o hacia la reforma y la reacción.

Plantéase a este respecto varias cuestiones acerca de la organización revolucionaria y reformista en el campo en general y de su relación con la organización política de la revolución en la ciudad, en la nación, en el continente y en el mundo.

Los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial no están, como hasta ahora se ha argumentado, en la estructura metropolitana. Precisamente lo demuestran la revolución soviética, la china y la cubana, y otras. ¿Dónde están, entonces, en la estructura colonial del mundo y de Latinoamérica, los eslabones más débiles? ¿Qué hace la burguesía imperialista y latinoamericana con sus esfuerzos por fortificar estos eslabones mediante programas de desarrollo social, sanitarios, educativos, de «reforma agraria» y otros, que en la conferencia de la Alianza para el Progreso, en Punta del Este, el Che llamó «letrización» de América Latina? ¿Hasta dónde pueden ser llevados estos programas —el último esfuerzo, por ejemplo, es hacer que las fuerzas de ocupación militar latinoamericanas mejoren su «reputación» en el campo emprendiendo versiones latinoamericanas del programa de «pacificación» imperialista en Viet Nam— y qué efecto tendrán, si no sobre la aceleración del desarrollo económico, sí en la deceleración del desarrollo político de los campesinos?

Si acertamos a encontrar los eslabones más débiles de la estructura colonial y de clases, ¿cómo romperlos? No, por cierto, con exhortaciones a combatir a un enemigo imperialista invisible mediante la nacionalización en beneficio de «todo el pueblo», ni con explicaciones abstrusas para hacer visible a Wall Street, o quizás al palacio presidencial, en la casucha del campesino o el trabajador agrícola. Uno y otro se harán por demás visibles si las masas rurales latinoamericanas, o siquiera parte de ellas, se lanzan a la lucha contra sus tradicionales opresores inmediatamente visibles: los agentes económicos y políticos locales de la estructura capitalista, interior y exterior, colonial y clasista. ¿Qué aliados tendrán estas fuerzas populares, qué alianzas previas pueden formar y sobre qué base, con las de otras partes del país, de Latinoamérica y del mundo que están dispuestas a apoyarlas cuando la burguesía latinoamericana y luego la imperialista intervengan para salvar a sus agentes locales y con ellos a toda la explotadora estructura colonial, y de clases del capitalismo?

La organización y movilización política revolucionaria podría obtener provecho del análisis marxista de la estructura colonial y de clases de determinadas regiones o áreas locales. Este estudio, por supuesto, no puede hacerse desde el extranjero o en términos de un esquema general precon-

bido. Debe ser llevado a cabo allí mismo por marxistas revolucionarios que participen en el movimiento al que el estudio se propone servir. Pero el mismo principio es aplicable también al trabajo teórico sobre problemas políticos más amplios. La verdadera teoría marxista sólo puede surgir de la práctica política revolucionaria. Y para el intelectual de Latinoamérica y otros países subdesarrollados, ésta comprende también la lucha ideológica.

Ideología y Marxismo

La estructura colonial y la de clases producen contrapartes ideológicas para justificarse, y éstas se reflejan también en las «ciencias sociales» que se utilice para «estudiarlas». Para los revolucionarios, por ende, el campo de batalla incluye también la ideología, como sugiere Fidel. Para los sociólogos revolucionarios, la contienda ideológica se extiende al campo de la ciencia social. La ideología preponderante, incluyendo su componente «científico» social, fue desarrollada por la burguesía metropolitana para uso nacional y para la exportación a las colonias. Estas últimas, al menos en América Latina, siempre se dieron cuenta de algunos de los aspectos colonialistas de esta ideología y ciencia, particularmente durante las épocas de ascenso nacionalista. Los mismos sectores nacionalistas de América Latina han tratado de hacerle resistencia y de reemplazarlos por factores nacionalistas. Las alternativas nacionalistas que se presentan como un reto directo al orden colonial, y pueden parecer sustancialmente distintas de la ideología y ciencia imperialistas. Pero como estas alternativas nacionalistas proceden de la burguesía latinoamericana, lejos de retar, consolidan el orden clasista en el plano nacional. Toca a los revolucionarios investigar hasta qué punto es diferente realmente esta ideología y ciencia latinoamericana. En el sector ideológico del campo de batalla, así como en el político y el militar, se debe combatir la ideología de la clase enemiga a fin de combatir, por ende, al enemigo principal: el imperialismo.

Durante el siglo pasado, las principales exportaciones ideológicas de la burguesía imperialista fueron el liberalismo, el positivismo, y ahora una especie de pragmatismo tecnológico o tecnologismo pragmático. Parte de la burguesía latinoamericana ha aceptado ávidamente cada uno de esos «ismos», haciéndose a veces más papista que el Papa, como ocurrió con los intereses exportadores latinoamericanos al respecto de la doctrina del

libre cambio. Algunos sectores burgueses y pequeñoburgueses hicieron resistencia a los aspectos más flagrantemente colonialistas de estas doctrinas, pero las aceptaron, no obstante, en esencia, cuando favorecieron los intereses de su clase frente a los de las clases populares.

La última invasión ideológica propone que la «pericia» y la tecnología norteamericana pueden resolver todos los problemas de los pueblos del mundo, con sólo dejar que los yanquis las apliquen sin intromisión. En la industria, esto significa inversiones extranjeras y un grado más alto de monopolización... y desempleo. En la agricultura, significa métodos de cultivo, semillas, fertilizantes, maquinaria agrícola, etc., de Estados Unidos... y producción de abonos y máquinas por la Standard Oil y la Ford. Para la población, significa control de la natalidad mediante píldoras contraceptivas y medicamentos... y compañías farmacéuticas. Para la cultura significa el «american way of life» en todo, a través de medios de expresión «masivos», de la educación «popular», de la «ciencia» de la estadística electrónica, etc. La gran burguesía latinoamericana acepta todo esto sobre una base de socio menor. Los elementos «nacionalistas» de la burguesía y parte de la pequeña burguesía rechazan la participación «norteamericana», pero aceptan la tecnología, diciendo que la aplicarán ellos mismos... y mejor.

En las ciencias sociales, la ofensiva ideológica imperialista de tiempos recientes ha tomado dos formas principales: el estructuralismo y su degeneración en institucionalismo, culturalismo o behaviorismo. El estructuralismo dominó durante largo tiempo la ciencia económica y la sociología, pretendiendo analizar la estructura del mercado y de la sociedad. Pero esto era —y es— o bien el estudio abstracto de los modos idealizados de un mercado competitivo o de una sociedad consensual, término que puede referirse a cualquier sistema social imaginario, desde la familia a todo el mundo, pero que no explica ningún sistema social real.

O bien los estructuralistas se ocupan en algunos sistemas sociales determinados, que son siempre unidades locales, regionales o nacionales, pero nunca el sistema social predominante. Este «estructuralismo» abstracto o concreto, pero limitado, desvía la atención del investigador del verdadero sistema capitalista mundial, su estructuración de las colonias y las clases y la historia de su desarrollo, que han determinado la realidad social tanto en la parte metropolitana como en la colonial del sistema imperialista.

Recientes ampliaciones de la sociología metropolitana y su exportación a los países subdesarrollados, apartan aun más la atención del investigador de los problemas sociopolíticos fundamentales y sus soluciones. El institucionalismo describe las supuestas instituciones sociales y políticas de la sociedad y la «democracia» burguesa, tal como aparecen en la superficie. El culturalismo enfoca las manifestaciones culturales de la estructura económico social subyacente y, más recientemente, hasta las características sicoloculturales (esto es, individuales). El behaviorismo, hoy común en la «ciencia» política y creciente en otras asignaturas sociales, expone técnicas aún más maquinizadas de rigurosos análisis estadísticos de todo tipo de variables sociales, sin entrar nunca en la estructura ni en el desarrollo del sistema no vaya a ocurrirnos la idea de que es necesario cambiarlo. Aparte las limitaciones (ventajas, desde el punto de vista de la burguesía) del estructuralismo, estas degeneraciones permiten diferenciar la misma cosa y comparar cosas diferentes, o sea, se enmascara el hecho de que la metrópoli y sus colonias son parte del mismo sistema capitalista mediante el descubrimiento de la existencia supuestamente independiente en ellas de las diferencias culturales e institucionales creadas por esta relación colonialista. A la vez, el descubrimiento de similitudes institucionales y behavioristas superficiales entre los países capitalistas y socialistas, permite a la burguesía «demostrar» estadísticamente (esto es, con «neutralidad» ideológica aparente) a la clase a la cual explota, que la estructura de las clases en realidad carece de importancia, alegando por ende, que no es necesario cambiarla.

Esta ideología a guisa de ciencia se divulga hoy por todo el mundo capitalista —y llega incluso al campo socialista— a través de incontables canales. Los elementos informados de la burguesía colonial latinoamericana colaboran en este proceso, tan ávidamente hoy como en otro tiempo, a la vez que ciertos elementos burgueses nacionales intentan lanzar una ofensiva científico social e ideológica propia. Después del ascenso nacionalista burgués del 30 y el 40, pero, al parecer, con un retraso cultural de una década o más, estos intereses burgueses latinoamericanos establecieron varias instituciones con el expreso propósito de desarrollar una ideología científica nacionalista. La primera y principal de estas instituciones es la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) y su más reciente vástago, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), ambos en Santiago de Chile. En Brasil fue el Instituto Superior de Estudos Brasileiros (ISEB); en Argen-

tina, el Instituto Torcuato di Tella; en México, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional (UNAM). Los nombres de sus fundadores, directores y principales colaboradores se han hecho ampliamente conocidos en la ciencia social latinoamericana y hasta en círculos intelectuales más amplios: Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Gino Germani, Pablo González Casanova, etc.

Sus tesis principales son bien conocidas: la metrópoli explota a América Latina, a través de términos de intercambio que se deterioran. Se duelen, por ende, de una relación colonial, pero no llegan a analizar la estructura colonial monopolista ni el creciente papel que dentro de ella desempeñan las inversiones extranjeras y la ayuda exterior, que generalmente acogen bien, sujetas a ciertas «salvaguardias» solamente. Atribuyen el subdesarrollo latinoamericano a su errónea selección del «desarrollo hacia afuera» cuando, a mediados del siglo XIX, el continente despertó al fin de su «modorra feudal». De haber preferido el «desarrollo hacia adentro», no habría padecido de los menguantes términos del intercambio y habría podido industrializarse. Por consiguiente, arguyen, Latinoamérica debería escoger ahora el desarrollo capitalista nacional hacia adentro.

El obstáculo a vencer, dicen, es el reducido mercado interior. Exponen, de esta forma, en cuanto a lo nacional, la misma interpretación implícita en la Alianza para el Progreso y el estructuralismo ilustrado; América Latina constituye una economía y sociedad «dual», que es en parte capitalista y progresiva y en parte feudal y retrógrada. La reforma agraria, la reforma tributaria, etc., y la «planeación» económica iniciada por los industriales y las clases medias progresistas, eliminarían los obstáculos «feudales» e integrarían la vasta población rural, especialmente los indígenas, en el mercado y la sociedad nacional. Estos ideólogos «científicos» sostienen que los pobres del campo son pobres porque no están dentro de la economía mercantil o monetaria, razón por la cual —alegan— no avanza el desarrollo industrial y económico. Se llaman a sí mismos «estructuralistas» y emplean lo que encuentran útil en el análisis y la terminología marxista para proponer la reforma de la estructura.

Pero estos «estructuralistas» que se lamentan de la explotación metropolitana no observan o no analizan la estructura colonial interior de América Latina, que le sirve a la metrópoli nacional para extraer del campo «feudal» la mayor parte del capital que invierte en su limitado desarrollo industrial. Tampoco estos ideólogos de la burguesía nacional analizan la

estructura de clases en América Latina. En vez de ello, importan las últimas técnicas norteamericanas para el estudio de las «élites» y la «estratificación social», y sus estudiantes caen cada vez más en la trampa de la nueva oferta metropolitana de sustituir el análisis científico y la solución política de los problemas latinoamericanos por el análisis estadístico «objetivo».

Dicho de otro modo, la versión «nacionalista progresiva» latinoamericana de esta ciencia social burguesa sólo se diferencia superficialmente, no fundamentalmente, del patrón imperialista. En segundo lugar, la ofensiva ideológica nacionalista no comenzó en las ciencias sociales en realidad, hasta que el movimiento económico, social y político de donde procedía había llegado a su cúspide ya y empezado a convertirse en historia. Por último, el imperialismo en la década de 1960, ha iniciado una contraofensiva en este campo también, con el resultado de que su ciencia «behaviorista» está neutralizando crecientemente a aquellos elementos de la pequeña burguesía latinoamericana que hace pocos años eran políticamente progresistas. A este respecto es digno de notar el hecho de que el imperialismo se sirve ahora de invitaciones a conferencias, becas, programas de «investigación conjunta», tanto en Estados Unidos como en sus afiliados latinoamericanos, para cortejar precisamente a los intelectuales izquierdistas latinoamericanos (y otros) a quienes antes desdeñaba y perseguía. ¿Cuál será la respuesta de la izquierda revolucionaria latinoamericana a esta ofensiva ideológica en el campo de las ciencias sociales?

Millares de estudiantes y obreros latinoamericanos —entre ellos, quizás, otros Fidel, Che, Camilo...— están en busca de otra orientación científica y política que la que les ofrece la burguesía metropolitana, y sus partidarios o revisores latinoamericanos. ¿Qué podemos ofrecerles? ¿Esperamos que se guíen por los modelos «marxistas» de inspiración metropolitana números 14, 13 ó 12 (como los ridiculizó Fidel en la OLAS), según los cuales toda la humanidad pasa necesariamente por las sucesivas y al parecer prestablecidas etapas del comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo y el comunismo? ¿Serán los estudiantes, unidos y movilizados para la revolución, así como también los obreros industriales y agrícolas, por los teóricos y «teorías» que les dicen —no menos que los ideólogos burgueses nacionales— que América Latina está hoy dividida en dos partes, una en la etapa feudal todavía y otra ya en la capitalista? ¿Que una oligarquía feudal y el imperialismo extranjero, pero no la propia burguesía capitalista son los obstáculos en el ca-

mino del desarrollo nacional? Jamás los latinoamericanos irán a la revolución si siguen la principal tesis política derivada de esta pseudociencia «marxista», que es —como dijo Fidel en la OLAS— «la famosa tesis acerca del papel de las burguesías nacionales, (...) ¿Cuánto papel, cuántas frases, cuánta palabrería vana se ha malgastado en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista! (...) Y a muchos se les dice que esto es marxismo (...) ¿y en qué se diferencia esto del catecismo, en qué se diferencia de una letanía, de un rosario?».

En fin, la necesidad política nos plantea una tarea ideológica a ser cumplida, tanto para asegurar la firmeza de los militantes revolucionarios, como para reclutar cada vez más latinoamericanos, sobre todo jóvenes, a sus filas. También enfrentamos un trabajo teórico importante para poder complementar la práctica revolucionaria con la teoría revolucionaria precisa. Y requerimos del análisis de la sociedad latinoamericana, sobre todo en sus regiones rurales, para asesorar las fuerzas populares en su lucha revolucionaria. Para esto los marxistas tendrán que crear las ideas guías y revolucionarias que, como dice Fidel, reclama la revolución latinoamericana. La claridad ideológica con respecto a estos problemas se vuelve esencial en el momento en que el movimiento revolucionario encuentra trabas temporales, porque entonces se necesita la firmeza ideológica para resistir las tentaciones —siempre ofrecidas por la burguesía— de retroceder hacia una política reformista, postulando, por ejemplo, la supuesta posibilidad y necesidad de una «paz democrática» como en estos momentos predica el PCV. Para alcanzar esta claridad ideológica y teórica los marxistas tendrán que obrar en lo intelectual, pero no sólo en lo intelectual, inspirados en el ejemplo del Che, que es primero revolucionario y después intelectual.

Seguir esta meta intelectual y revolucionaria, que es la responsabilidad del verdadero intelectual latinoamericano, y especialmente del marxista, implicará —como también lo encontró preciso el Che— salirse del marco institucional de la burguesía latinoamericana e imperialista. El intelectual latinoamericano —y esto vale para el escritor y artista tanto para el científico social— tendrá que tomar conciencia del hecho de que trabaja al servicio de la burguesía. Tendrá que darse cuenta también que, mientras más agudas se tornan las contradicciones y más avanza el proceso revolucionario, menos permitirá la burguesía que el intelectual latinoamericano se aproveche de sus instituciones burguesas —universidades, editoriales, prensa, etc.— para la elaboración de una teoría y una práctica

marxista verdaderamente revolucionaria. En algunas partes del continente, ya llegó la hora en que se cierran las puertas de las instituciones burguesas para el marxista; en las demás llegará luego. El intelectual marxista latinoamericano tendrá que decidirse si se queda dentro, siguiendo el reformismo o del otro lado con el pueblo, haciendo la revolución.

Enero de 1968.

108.063